

## **EN EL ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DE SANTA TERESA**

**Daniel de Pablo Maroto**

**Carmelita Descalzo de “La Santa”**

Santa Teresa nació un 28 de marzo de 1515 en **Las Casas de la Moneda**, un viejo caserón abandonado, comprado por su padre Don Alonso y su mujer doña Catalina del Peso y Henao para su vivienda familiar después de su matrimonio en 1505. Allí siguió viviendo después de casado en segundas nupcias con su segunda mujer doña Beatriz de Ahumada, la madre de santa Teresa. Estaba ubicada en la esquina noroeste del actual convento de “La Santa”, frente al hospital de *Santa Escolástica* por el oeste y la parroquia de *Santo Domingo* por el norte. La familia estaba vinculada a la parroquia de *San Juan* donde fue bautizada la niña Teresa, se supone que un 4 de abril, miércoles santo aquel año. En cualquier caso es difícil demostrarlo porque no existe un acta del bautismo que daría fe ante la historia.

Como curiosidad, se puede recordar que aquel año de 1515, el día 28 de marzo fue miércoles de Pasión, la semana previa a la Semana Santa. El Domingo de Ramos fue el día primero de abril, y el día 8 Pascua de Resurrección, como he recordado.

Este año de 2013 el día 28 de marzo, 498 aniversario del nacimiento de la niña Teresa, coincide con el Jueves Santo, la última Cena de Jesús con sus discípulos en el Cenáculo de la ciudad vieja de Jerusalén. ¡Qué casualidad! La madre Teresa sólo pudo celebrar el evento en dos años que coincidieron también con el día de Jueves Santo, en 1521, cuando ella tenía 6 años; y en 1532, a los 17 años, que lo pasaría en la clausura de *Santa María de Gracia*.

Si ella estuviese ahora viva entre nosotros, sin duda alguna se gozaría de poder celebrar el aniversario de su nacimiento un día tan señalado, tan querido y esperado en vida. Es conocido su amor y apasionamiento por el Santísimo Sacramento del altar, y quiero este año rendir un homenaje a Teresa en el día de su nacimiento y recordar su amor a Cristo en el sagrario. Será una especie de meditación histórica y teológica que equilibre la distracción que puede provocar el teatro sacro en nuestras calles y plazas en el trajinar de las procesiones de Semana Santa a las que muchos se apuntan, muchos más que a los “Oficios” litúrgicos que celebramos en el interior de nuestras iglesias y capillas.

Existe una razón de base que explica su pasión por Cristo en la Eucaristía y es su enamoramiento de Cristo hombre, de su Humanidad, que le seducía a veces más que el Cristo de sus visiones y revelaciones: “Yo sólo podía pensar en Cristo como hombre”, escribió (*Vida*, 9, 6). Su omnipresente y difusa afectividad buscaba objetos concretos de los que enamorarse y

---

entre todos el primero era su Cristo histórico, el que encontraba vivo en los Evangelios, predicando y haciendo el bien y, sobre todo, en los pasos de su pasión, sólo y dolorido en el Huerto de los Olivos, sudando sangre que ella quería enjugar con su cercanía y cariño; y en la visio- nes siempre lo vio “en carne resucitada”, viviente y glorioso.

El enamoramiento de Cristo, de su Humanidad, lo puso como fundamento de las vir- tudes “humanas” que encontramos en su quehacer diario y en su doctrina. El humanismo de la madre Teresa, el ejercicio de las virtudes tan “humanas” que admiramos en su vida, no lo asume de su tiempo, de la cultura renacentista en la que vive inmersa, sino en la vida y las enseñanzas de Jesús. Él era el modelo de su trato amable, de la delicadeza en las relaciones de amistad, de la cordialidad y cercanía, de su generosidad en el dar, y otras muchas virtudes que tanto atraían a las gentes que la trataban. Era como “piedra imán”, como escribió el gran humanista de su tiempo Fray Luis de León.

De esas piadosa consideración pasó a la búsqueda de Cristo en la Eucaristía donde lo encontraba tan “real”, tan presente, tan operativo y donante de gracias como cuando estaba en el mundo, entre los hombres de su tiempo. Lo percibía con todos los atributos de su Humani- dad que seguía alimentando desde el sagrario sus ansias de amor y de presencia, equilibrando su loca afectividad y dándole la libertad que un día consiguió por obra del Espíritu Santo en la “definitiva” conversión en un día perdido del año 1556 (*Vida*, capítulo 24).

Cuando comenta el *Paternóster*, al llegar a las palabras “el pan nuestro de cada día dánosle hoy”, no se acuerda del pan común, tanto como lo necesitaba en sus pobres conventos, sino del pan eucarístico que ella ansiaba recibir “cada día” por una especial concesión de los confesores en un momento en que eran raras las comuniones. Y no se avino a las correcciones de los censores de su escrito que le dijeron que pedimos el pan como alimento y el alimento espiritual de la Eucaristía.

Y finalmente, una historia entrañable: lo primero que procuraba poner al fundar sus conventos era el sagrario, en Cristo eucarístico. Lo demás podía esperar, aunque fuesen los jergones y las mantas para dormir y las sartenes para guisar las pobres viandas de las monjas. Un convento sin Cristo en la Eucaristía era como una boda sin esposo. Y, para concluir, re- cuerdo que, aun en los conventos más pobres, quería que los objetos dedicados al culto, fue- sen lo más preciosos posibles. Se trataba de acoger el Huésped divino que justificaba el ence- rramiento de unas jóvenes enamoradas de Él. Esa hermosa herencia todavía perdura en sus conventos. Es el recuerdo de una mujer enamorada de Cristo en el sagrario.